

MANUEL BLANCO-GONZÁLEZ

ROMANCES SOBRE EL NIÑO

I

Hay una luz en la aurora
para los del tiempo largo
y en las cárceles del viento
encuentran —toscos y extraños—
algunos cuentos remotos
de los seres del pasado.

Una vez —la forma fría
de los comienzos lejanos—
una vez llegó una sombra
con simulacros de mayo,
con manos como agua clara,
con giros y sobresaltos...
la sombra era como un niño
que se hubiese equivocado.

Pensaba en otros cometas
que dirigieran sus pasos,
pero se cansó en el aire
y todo se volvió amargo.

Nació en la tierra, completo,
con intuiciones de rayo
y temiendo que la noche
le robara sus dos manos...
con el temor de un invierno
de jacintos disfrazados,
se sorprendía en la cuna
como un absurdo milagro.

El final es muy sencillo.
Era un niño equivocado;
con luna de terremotos
se convertía en un árbol
y despertaba sus ramas
sobre los senos cansados.
Su linterna era distinta,
era de otros tiempos claros.
Y por eso, en la distancia
de los jardines cerrados,
pretendía hallar un sueño
que lo convirtiese en árbol.

II

Actuaba en las noches frías.
Estaba formado lento,
acorazado en las sombras
por sus pedazos de sueño.

Y con los ojos desnudos
se acurrucaba en los besos
para sentirse más limpio
porque era un niño de sueño.

Bajo el rostro de la lluvia
se enrulaba los cabellos
con media sonrisa abierta
en los amores del sueño.

Todo quedaba nublado
porque era un niño de sueño.

Caminaba en las montañas
bajo la voz del deshielo;
era un capitán sin forma
por las llanuras del cielo;
tenía un margen de espuma
para obsequiar al acero.
Vivía en todos los siglos
con un caballo sin miedo,
dirigiendo a sus soldados
de plomo torpe y deshecho.
Reconquistaba la luna
con una flecha y un duelo;
incendiaba diez mil bosques
con una brizna de fuego.

Así era todos los días
porque era un niño de sueño.

Desde los sitios cercanos
y los más fuertes encuentros
se adormecía en su cama
para soñar con el viento.
Pero la cama es un árbol
que nunca se queda quieto:
se convierte en tres dragones
o en un precipicio inmenso,
o en una lucha de espanto
con un gigantesco negro...

Y uno se siente desnudo
aunque tenga un traje nuevo.
Así era todas las noches
porque era un niño de sueño.

Actuaba en las noches frías
con los más distintos sueños.
A la obscuridad cercana
la llamaba, siempre: negro.
Pero ardía con las nubes
porque era un fósforo tierno.
Repetía las canciones,
bailaba frente al espejo,
recordaba los milagros
con un asombro perpetuo.

Pero quedó como el aire,
como aire cerrado y muerto.

III

Sobre los carteles húmedos
que anuncian los días cortos,
también se encuentran sus manos
clavadas en labios rotos;
son una mirada oscura
sobre los carteles toscos.

Cada silueta es completa
y en un peculiar asombro
compite con las estrellas
en la fuga de sus ojos.

Encuentra el agua perdida
que bebe un césped de potros
pisoteado en las mañanas
como si fuera un despojo;
y en el pasto se entremezclan
serios motivos de asombro.

Y cada flor es distinta
con sus testimonios rojos
y todo penetra en él
con perspicacia de insomnio.

Eso es lo extraño absoluto
que lo embiste como un toro
todas las noches del tiempo
de luceros en un pozo;
así, se queda mirando
crepúsculos silenciosos.

Descubre que el mundo es nuevo,
entre sus manchas de polvo,
y que el mundo lo rodea
pero que él camina solo.

IV

Y la luna marcha sola
con un séquito de estrellas,
mientras se abruma las fuentes
con el agua de la acequia.
El niño, en el arco iris,
sostiene una flor de piedra.

El niño se quedó solo
como la niebla desdecha
y los sueños asustados
de su mano primavera
oían pasar las voces,
rumbo que rumbo a su meta.

Por el camino cansado
y por los campos de piedra
el niño se quedó solo
con su soledad completa.

Veía pasar el viento
—camino hacia las estrellas—
y pensaba en las montañas
tan grandes y casi muertas.

El niño se quedó solo
en esos campos de hiedra.

Y la luna marcha sola
—¡y son tan frías las estrellas!—
y en el agua de la fuente
se desmayan las quimeras.

V

Cuando las noches oscuras
se convierten en mañanas
y se yergue como un globo
el sol sobre las montañas,
recién entonces los duendes
se deshacen en el agua
en que los niños deslizan
sus manos sobre la cara.

Porque en las noches oscuras
no se mueve la esperanza;
y muestran dientes enormes,
lucen cadenas pesadas,
y el tigre muerde en las sombras
y el niño teme las casas
donde se agrupan los muertos
en las noche desmayadas.

Porque la noche es oscura
y hace frío hasta en la lana;
porque en la noche el silencio
se espesa sobre las camas
y los niños ya no juegan
con la luz entre la escarcha.

Y cuando el niño está solo
y la noche lo amenaza,
cuando el niño está encerrado
en su cuarto sin ventanas,
tiene miedo de los ruidos,
de los ogros y las hadas,
tiene miedo del silencio
con sus eternas campanas.

Porque ese niño está solo
comiendo el miedo en manzanas.

Recién cuando el sol alumbra,
las hojas brillan en calma,
por el pasto de los valles
se deshiela la mañana,
recién entonces el miedo
se derrite sobre el agua.

El corazón le sonríe
como helado de avellanas...
todo queda en el olvido,
los espectros en las casas,
hasta que llegue otra noche
a su soledad temprana.

VI

La guerra de los misterios
en la orilla de un abismo
se estremece ante la luna
que se pasea en el río.

Pero las cosas se rompen,
surgen misterios perdidos,
y eso ocurre hasta en las flores
ocurre con los amigos,
y hasta en las huellas pequeñas
de los temblores de un niño.

Por eso todo comienza
 como infusión de eucalipto,
 como el roce de la seda
 y como fuego encendido;
 pero, después se destroza
 —muerte al llegar a destino—
 y el árbol cae en la tierra
 y la muerte llega al niño.

El niño tenía un juego
 de esperanzas y jacintos;
 el niño jugaba siempre
 con corazones dormidos;
 el niño jugaba, a veces,
 con un amigo perdido...

Con la arena se va el aire
 llevando un beso amarillo
 y, tal vez, los sueños lloran
 con el agua de los grifos.

El niño con sus pestañas
 golpeaba sueños tranquilos
 en el árbol de milagros
 que está en todos los caminos.

Eso ocurre con las sombras,
 ocurre con los amigos...
 pero la muerte está inmóvil
 hasta que llega a los niños...

VII

Lo están llevando entre cuatro
 —cuatro robustos mancebos—
 y el niño pesa cual pluma;
 sólo pesa el pino negro.

Y caminan descuidados,
 enlazados a un recuerdo
 —un recuerdo de milagros,

cortos milagros de juego—.
 En los patios de las casas
 se repite un sobrio cuento.
 Y los faroles dormidos
 miran pasar al cortejo.

Varios niños sorprendidos
 preguntaban hacia el tiempo:
 ¿qué significa la muerte?
 ¿algo así como un veneno?
 ¿una especie de tabaco
 que sólo usan los viejos?

Caminaban muy despacio
 por la calle de los viejos.
 entre maderas y clavos,
 entre maderos de hierro.
 ¿Para qué tanto sosiego
 si llevan al niño muerto?

Comprendió un poco a las flores
 y nunca gustó el invierno.
 ¿para qué las calas mustias,
 si el niño murió sonriendo?

Su cara quedó más fría
 que la nieve con el viento,
 el agua dejó en sus ojos
 viejas señales de fuego.
 No diré que era bonito,
 pero si lo vieses muerto...

Lo están llevando entre cuatro
 —¡oh, más liviano que un rezo!—
 el niño pesa cual pluma,
 sólo pesa el pino negro.
 Lo están llevando entre cuatro
 y es más liviano que el fuego...

¿Para qué tanto sosiego,
 si llevan al niño muerto?